

CAMBIO RAPIDO Y GRATUITO DE
NEUMATICOS
Firestone
MANUEL REY
BETANZOS: EL FERROL:
Magdalena, 8 Av. Generalísimo, 209

La Voz de Galicia

OFICINAS, REDACCION Y TALLERES: CONCEPCION ARENAL, 9, 11 y 13 (CUATRO CAMINOS)
DIRECCION TELEGRAFICA: VOZ. TELEFONOS: 230440 - 230441 - 230442 - 232414 y 234040

BANDAS TRANSPORTADORAS
Firestone
VENTA - EMPALMES SINFIN - REPARACIONES, ETC.
NEUMATICOS RIERA
Ramón de la Sagra, 11 - Teléfono 232036 - LA CORUÑA

UN IDEAL LLAMADO ESPACIO



Nos dicen que en el año 2000, que está a la vuelta de unas cuantas esquinas, la Tierra estará poblada por la considerable suma de cinco mil millones de almas, con sus respectivas envolturas carnales, naturalmente, lo que no deja de ser motivo de preocupación para los hombres de ciencia, al pensar en los problemas que se presentarán a la entonces verdadera familia numerosa, en lo que respecta a alimentación y existencia de primeras materias. Pero lo que no nos han dicho aún es cuántos automóviles habrá para entonces y dónde vamos a poder pisar los mortales, ya que suponemos que la vieja y sana costumbre de andar a pie, por mucho que el mundo cambie, seguirá siendo un deseo y una necesidad, aunque no una satisfacción, a la vista de lo que está ocurriendo. Se habla y asegura que hay demasiada gente en el mundo, incluso de que «sobramos» un gran número de mortales; que es necesaria una nueva guerra para procurar espacio vital; que el desarrollo de la Humanidad es preocupante, etc. Pero de la proliferación del automóvil nada o muy poco se nos dice, a no ser el número de unidades que la fábrica tal se propone lanzar al mercado para la fecha cual. Que falta espacio es innegable, y a la vista del documento gráfico sentimos una molestísima sensación de encogimiento y confesamos creer que en este mundo de apretujones no son seres lo que sobra, sino máquinas de cuatro ruedas, ya que un humano ocupa el espacio de una baldosa y el más pequeño vehículo, metro y medio aproximadamente.

Así las cosas, no le deseo a usted prisa alguna, porque en coche o a pie llegará después de la hora, que no tenga que cruzar la calle, y si no hay más remedio, tápese oídos y nariz y hágase un seguro de vida antes. Y no se asombre si un día no encuentra el portal de casa o halla un «utilitario» debajo de la cama, que todo se andará, aunque a esto se le llame progreso, nivel de vida y otras ironías por el estilo.

Dada la invasión de acero, chapa y caucho, uno humildemente propone un riguroso control de «natalidad» en las factorías automovilísticas, porque le consta que el «Creced y multiplicaos» fue dirigido a la humana pareja, la que tiene todos los derechos, aunque no sea más que por haber llegado primero.—M. A. T.

de SILESON

MUSICOS

SESENTA de los muchos músicos, y buenos músicos, que en La Coruña son y están, se reunieron ayer en diversos actos para conmemorar la festividad de su Patrona, Santa Cecilia.

La Agrupación Sindical de Músicos de La Coruña, como por su parte el Conservatorio Profesional de Música y Declamación, hicieron del día un motivo para confraternizar, lo cual, entre los músicos, es igual que entre los profesionales de otras actividades: bastante difícil.

Uno cree que traza cuatro líneas de bastante mejor calidad que las del periodista de la mesa de al lado; se lo cree porque sí, y resulta que siempre hay al lado otro periodista que escribe bastante mejor —no faltaba más; ni es tan difícil...—; un fresador —no el de las rojas fresas, sino el de los frios metales— que hace de la fresa lo que quiere, hasta comérsela si se le antojare; un músico que se cuelga el trombón y consiégale de él tonalidades, maticos, o como se diga, mucho más dulces, emotivas, «musicales», que otro trombón menos inspirado.

Por eso, ayer, en nuestras tres horas de convivencia con los músicos, entre los que no había ni la más diminuta de las armónicas, pudimos comprobar que en todos alienta la misma aspiración: hacer un Hogar, pero efectivo, pujante, propuesto a seguir un camino a cuyo final el músico se halle como ante un parador confortable que, al menos, le sirva para descansar de tanta jornada anterior de interminable quehacer.

Porque los músicos esos personajes que cuando uno baila, ellos tocan; que es justamente al revés de como solemos entender la cuestión, o sea, de que uno baile si la música toca. No; son tan atentos, que si perciben el menor síntoma de ganas de «jaleo» en los de la tarima abajo, se ponen a tocar y le hacen bailar a uno complaciéndolo en sus apetencias.

Esta de los músicos es, y sobre todo puede ser una gran familia. En cuanto no cada uno de los profesionales se considere un Elvys Presley o un Beethoven pensando que el de enfrente —no el enfrentado— puede serlo en efecto la familia irá mejor.

Por eso, cabría decir, como Hubbard, que «la música vibra en el alma y eleva al hombre a vidas mejores».

HECHOS Y FIGURAS

LAS MUJERES DEL VIETNAM

«Gorjean y cantan», escribió el novelista Graham Greene, refiriéndose a las mujeres sudvietnamitas. En sus diáfanos y señados «ao dais», parecen tan delicadas e inconsecuentes como pájaros cantanines. En realidad, las mujeres vietnamitas son aves de muy diverso plumaje. Herederas de una antigua tradición de matriarcado, se han convertido, bajo la presión de veinte años de guerra, en las mujeres más emancipadas de Asia. Combatien, hacen política, gobiernan los negocios y las familias y, a través de sus maridos, probablemente controlan gran parte de la endémica corrupción del país.

Más que en ninguna otra nación en tiempos de guerra, las sudvietnamitas son también, a veces, asesores tácticos. No era raro que la esposa de un soldado, por consejo de su astrólogo, le diga a su marido cuando debe ir a combatir y cuando ha de permanecer en casa: los maridos escuchan. Las mujeres de los oficiales les siguen al campo de batalla y, con frecuencia, comparten su suerte. Duong Thi Nim Thanh era una ex-enfermera aerotransportada y la primera mujer paracaidista del Vietnam. Acompañaba regularmente a su marido, el general de brigada Truong Quang An, al frente, llevando un rifle en una mano y regalos para la tropa en la otra. Hace dos meses, ella y su marido resultaron muertos en un accidente, cuando se dirigían, en helicóptero, a las Fuerzas Especiales situadas en el campamento de Duc Lap.

Por otra parte, el Vietcong se ha beneficiado de la tradición matriarcal de las vietnamitas, una tradición que se remonta a las dos hermanas Trung, que lucharon contra los invasores chinos en el año 39 de nuestra era. A falta de reclutas varones, los comunistas han formado unidades enteramente femeninas y se calcula que las mujeres suponen de un tercio a la mitad de las fuerzas del Vietcong.

Aunque el ejército sudvietnamita tiene unas 7.700 mujeres voluntarias en empleos de oficinas, una proporción para reclutamiento forzoso fue rechazada: tal medida hubiera paralizado la economía del país. De los 330.000 trabajadores de Saigón, 250.000 son mujeres. Trabajan en la construcción, sustituyendo a los escasos hombres en muchas profesiones, son propietarias o administran la mayoría de las tiendas de joyería, tejidos y confección.

AYER pasé por la Puerta del Sol y, mientras me encaminaba hacia un popular establecimiento para comprar «caramelos de la pajari-ta», dirigí una mirada a la librería San Martín, esquinada a la calle de Carretas.

«Todo está igual —pensé— que hace 56 años, cuando asesinaron a Canalejas.»

No hace mucho que he leído una relación escrita por don José Rico de Estasen, que fue discípulo de don Simón y G. y Martín del Val, uno y otro del Cuerpo penitenciario. Don Simón fue el experto que identificó al asesino de Canalejas, que se llamaba Manuel Pardiñas Serrato y era un aragonés de 32 años, escultor de profesión, más bien bajo que alto, moreno y con unos grandes ojos negros y alucinados.

Pardiñas, que había nacido en el año 1880 en El Grado, Huesca, había pasado una juventud, amarga primero en Zaragoza, y luego como emigrante en varios países americanos; acaso fueron los sufrimientos y desengaños los que le llevaron a una posición tan radical y desesperada. En un Congreso anarquista celebrado en Buenos Aires, Pardiñas se comprometió para asesinar a don Alfonso XIII, hecho del cual tuvo conocimiento casi inmediato la Policía española.

Desde Buenos Aires, Manuel Pardiñas se trasladó a París.

El Gobierno español envió a Francia al policía don Tomás de Armiñán con el encargo de seguir al anarquista. El señor de Armiñán desempeñó su cometido con mucha eficacia, hasta que, por no disponer de los fondos necesarios, la Dirección General de Seguridad le ordenó que se volviese a Madrid.

O ESPELLO NA MAN

RETRATO DE UN ANARQUISTA

Por VICTORIA ARMESTO

Posiblemente la española solicitó entonces la ayuda de la Policía francesa, y Pardiñas fue encarcelado en Burdeos. El 19 de septiembre de 1912, empero, le soltaron y pasó clandestinamente la frontera, un suceso del que se tuvo pronto conocimiento en Madrid.

No obstante, Pardiñas, sin ser reconocido o detenido, logró llegar a Madrid, donde asistió a un mitin republicano-socialista convocado para solicitar la revisión del proceso de Ferrer.

Se alojaba Pardiñas en casa de unos amigos. El anarquista asistió a una sesión del Congreso y oyó hablar a Canalejas desde la cabecera del banco azul, donde se sentaba el Gobierno.

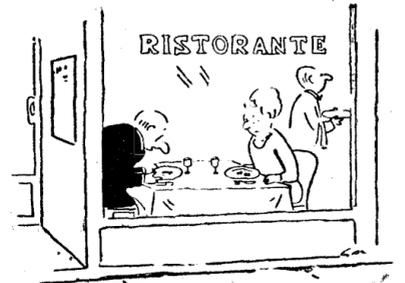
El 12 de noviembre del año 1912 estaba previsto que don Alfonso XIII pasaría por la Puerta del Sol, camino del Retiro, donde iba a inaugurar una exposición de crisantemos. Su presunto asesino se situó en la esquina de la calle de Carretas, y allí estaba, con el arma cargada en el bolsillo, cuando inesperadamente se presentó en la Puerta del Sol don José Canalejas, presidente del Consejo de Ministros, quien, desde su domicilio, se dirigía al Ministerio de la Gobernación.

Muy aficionado a los libros, el señor Canalejas se detuvo ante el escaparate de la librería San Martín. Fue entonces cuando le vio y le reconoció el anarquista.

Pardiñas debió entonces pensar que igual le daba matar a Canalejas como matar al rey; más que como personas, más que como seres humanos, las miraba como símbolos de la sociedad imperfecta que quería destruir. Se aproximó al abstraído presidente del Consejo de Ministros y le hizo dos disparos por la espalda.

El cadáver había sido trasladado a la Facultad de Medicina de San Carlos. Don Simón reconoció el cuerpo desnudo con los grandes ojos extraviados, y luego dictaminó que, en efecto, se trataba de Manuel Pardiñas Serrato, el peligroso anarquista cuya vigilancia había abandonado el agente Tomás de Armiñán por falta de medios.

HUMOR



—¡Yo creía que en los ventanales servían raciones más grandes que en el interior...!

EL MUNDO QUE NOS DAN

FAMA Y EXTRAVAGANCIA

LOS periodistas se ocupaban el otro día de un joven que amenazó con arrojar desde lo alto de la Basílica de San Pedro. El muchacho, de origen sardo y apellidado Loy, «deseaba llamar la atención, porque nadie le hacía caso». Ha conseguido que los diarios se ocuparan de él, aunque sólo fuese para indicar que había sido conducido a una clínica psiquiátrica. Su caso nos lleva a meditar sobre el triste sino de los tiempos que corren: el de que la solidaridad humana brille por su ausencia. A pesar de que algunos individuos se esfuerzan en llamar la atención, la realidad es que nadie se preocupa de ellos. Más aún: cada uno de los hombres vive disociado de los demás.

La paradoja de nuestro tiempo reside en que, a pesar de las frecuentes explosiones masivas, de que todo tiende a colectivizarse, la soledad de las personas es mayor que nunca. Nadie se preocupa por alguien; el individuo tira para sí, sin importarle sus convenciones. Salvo una curiosidad con derivaciones morbosas, es total la indiferencia de unas gentes hacia otras gentes. En el momento actual resultaría ineficaz aquel ejemplo apuntado por Unamuno de que, cuando uno entra en cualquier local público y finge no ver a un conocido porque le tiene antipatía, puede tolerarse; pero lo que ya resulta entristecedor para la persona es que nadie repare en ella por su insignificancia. Mas ahora, en que los insignificantes forman legión, una referencia como esa carece ya de sentido.

Asombra que, mientras unos cuantos ídolos de la interpretación o de la realza acaparan las páginas de las revistas ilustradas, el resto de la gente parece formar un bloque amorfo e indiferenciado. El «hombre-masa», estudiado por Ortega, y «El Rinoceronte», de Ionesco, ilustran a las claras sobre este aspecto. Bien es cierto que, muchas veces, el individuo malogra sus posibilidades de hacer algo singular por su completa ineficacia para alzarse sobre la vulgaridad imperante. Como ser original, por otra parte, resulta muy difícil, se explica que el joven Loy haya buscado la vertiente más fácil para distinguirse: la de amenazar con lanzarse desde lo alto de la Basílica vaticana. Lo más probable es que, si no hace otra cosa,

su sino se presente trágico: quizás esté destinado a permanecer en el montón de la masa ignara y atulante. Pero, como en ella gritan todos sus componentes al mismo tiempo, cada persona jamás llegará a entenderse con el resto de la agrupación.

Muchos de los «ismos» pasan rápidamente de moda, al igual que el favor popular hacia un cantante. No olvidemos que, si ya en las épocas en que los trajes de parada servían para varias generaciones, el sic transit acababa por imponerse, con la movilidad actual todo pasa con la mayor rapidez, todo se esfuma a las primeras de cambio. Nada de extraño tendrá, pues, que la gente olvide pronto el apellido Loy, cuyo portador acaso se vea destinado a consumir su afán de notoriedad en cualquier establecimiento para enfermos mentales.

Escribir un bello libro es difícil: salir desnudo a la calle está al alcance del primer perturbado. La acción de ese muchacho sardo, a fin de cuentas, resulta rara, pero no insólita. Mal podemos olvidar que algunos comentaristas religiosos de la radio norteamericana dedican sus charlas a evitar los suicidios. Lo mismo ocurre en la «Liga de los Alcohólicos Anónimos», donde nunca falta el consejero para resaltar los peligrosos extremos a que puede conducir el vicio de beber. Pero la notoriedad en estos casos es algo efímero. Sólo algunos antiguos discípulos de verdadero talento, como Joseph Kessel, pueden escribir después un libro magistral que cante el interés; el resto no pasa de una elemental vulgaridad.

Loy quería llamar la atención; pretendía que se hablara de él, aunque fuera mal. Pero su hazaña ha quedado en algo episódico, sin mayor contenido humano que el de los minutos en que tuvo en vilo a la multitud congregada en el recinto vaticano. Ahora, recluso en la habitación de la clínica, tal vez comprenda que alcanzar la fama es difícil, y mucho más difícil aún, retenerla. Sobre todo cuando se piensa en el escaso interés que despierta en un hombre de hoy lo que haga o deje de hacer cualquier otro hombre.

E. MERINO